

Gregorio Martínez Moctezuma. *Voces huastecas. Entrevistas, semblanzas y crónicas*. México: Agua Escondida, 2013; 163 p.

———. *Visiones de Tierra Caliente. Estampas de músicos tradicionales de Michoacán y Guerrero*. México: Agua Escondida, 2015; 110 p.

Estos dos volúmenes de reciente aparición y de conformación análoga reflejan el interés y el compromiso de su autor, Gregorio Martínez Moctezuma, por conocer y documentar de primera mano la labor y la vida de los músicos, bailadores, compositores y promotores de estas artes tradicionales de nuestro país. El autor se centra en dos vastas y profundas regiones de México, dos bastiones de la música, el baile y el verso, cuyo ser y vigencia dan razón de sendas historias de confinamientos, de conquistas y explotación, así como de la profunda relación que los seres humanos han establecido a lo largo de siglos con los entornos naturales en los que se han asentado.

Tanto la Huasteca como la Tierra Caliente son territorios rodeados por escarpadas cumbres, en los que los *ranchos* — asentamientos rurales escasamente poblados y con una economía cercana a la autosubsistencia — conforman hasta nuestros días repositorios y sementeras privilegiados de la tradición oral, con un particular gusto por la fiesta comunitaria, conocida en distintas regiones como fandango, huapango, baile de arpa o baile de tabla, que se realiza con música de cuerdas y coplas cantadas en torno a una tarima, artesa o tabla, donde conviven la poesía, la música y el zapateado tradicionales, y donde la conjunción de saberes y expresiones de histórico arraigo se activan en la ocasión festiva, cuando se actualizan y se transmiten conocimientos, principios éticos y estéticos.

Ambas regiones, la Huasteca y la Tierra Caliente, son auténticos baluartes para las expresiones profundas de la música mestiza mexicana, con géneros como el son, el jarabe y la valona, cuya tradicionalidad se vincula con el pasado y los proyecta a un futuro que podemos suponer de largo alcance. En lo que toca a los acontecimientos de los años recientes, Gregorio Martínez nos ha

entregado, en los dos últimos lustros, los textos que reúne en estos dos volúmenes y que, cada cual a su modo, vienen a conformar sendos cuadros de instantáneas acerca del estado que guardan las tradiciones musicales de las regiones referidas.

Gregorio ha realizado las crónicas, entrevistas y semblanzas que presenta en estas páginas a partir de la recurrencia a los lugares donde se cultiva la música tradicional huasteca y de la Tierra Caliente, procurando documentar, en primer lugar, las voces y las visiones de los músicos, de los bailarines y de los promotores culturales – sobre todo, en el caso de la Huasteca – para dar cabida, asimismo, a otras personas que están en torno a estas expresiones y cuyos testimonios brindan una visión del contexto que las rodea. Aparecidos originalmente en páginas de internet y en publicaciones periódicas impresas, los textos se integran en ambos libros para dar sendas visiones de conjunto, que resultan complementarias.

Los recorridos que el autor ha emprendido por la Huasteca y la Tierra Caliente corresponden, por lo general, a convocatorias de fiestas y encuentros de música a las cuales ha asistido en el papel de un ávido y genuino interesado y, como bien lo expresa Benjamín Solís en el prólogo de *Voces huastecas*, para dejar constancia escrita de su asombro como testigo privilegiado, de manera que otros podamos leerlo y asomarnos a la vez a aquellos acontecimientos que el autor busca describir de manera que, según él mismo lo señala, sus textos “lleguen a un auditorio mayor al de su región natural y coadyuven al mejor conocimiento y conservación de nuestras tradiciones” (11).

De esta forma, las crónicas de Gregorio Martínez cumplen el propósito de hacernos sentir que vemos las cosas a través de sus palabras, para despertar con ello nuestro deseo de ir a aquellas regiones y conocer directamente los lugares que describe, y conversar asimismo con los personajes cuyos testimonios nos acerca. A la oportunidad con la que Gregorio se ha desplazado hasta las regiones que sus libros describen, hay que agregar como cualidades de los mismos, amén de la frescura de su prosa, su cualidad como atento escucha, su capacidad de interrelación con la gente

—lo que le ha abierto muchas puertas— y su experiencia en publicaciones, que se trasluce en estos decorosos volúmenes salidos de una editorial más bien marginal.

En el caso de *Voces huastecas*, referido a una región que conozco muy escasamente, el libro de Gregorio me ha transportado: como lector, he visto con él el despertar de los pueblos en ocasión de las festividades de San Sebastián y Tantoyuca, y he visto el florecimiento de la Fiesta de la Huasteca, en Amatlán. He escuchado las voces de gente a la que admiro, como Román Güemes, Jorge Morenos y Eduardo Bustos, a la vez que he podido conocer a otros, a quienes el autor me ha acercado con su libro —y a quienes, a raíz de esta lectura, admiro ya— como los compositores Ramón Chávez y Hugo Rodríguez Arenas, los violinistas Serafín Fuentes (ya desaparecido) y Camilo Ramírez, y el trío Koneme, entre otros grandes personajes de la música tradicional a quienes Martínez Moctezuma nos invita a escuchar, en la intimidad profunda de su trabajo con la música y en su presencia en los escenarios. El fonograma incluido es una gran aportación en este sentido.

Cabe destacar en este volumen, asimismo, la inclusión de unas “Décimas de ocasión”, controversia en verso sostenida por el autor y el poeta Jesús Gómez Morán; así como los “Versos de un poeta huasteco”, de la autoría del músico y lingüista Román Güemes, oriundo de la Huasteca veracruzana; se trata de décimas, principalmente glosadas, en las que se evoca la vida del rancho en la región:

Cuando el rocío despierta,
ya me encuentro encumbrando:
rumbo a la milpa volando
va mi pensamiento alerta;
es como mística puerta
de los tiempos cuaresmeños,
el ir juntando los leños
también con el pensamiento
en los montes y el viento
que se sienten de mí dueños (156).

Si bien he podido percibir la música huasteca en buena medida llevado por las páginas de Gregorio Martínez, la música de la Tierra Caliente la he conocido de primera mano: varios de los músicos a quienes él entrevista y otros a quienes se refiere en *Visiones de Tierra Caliente* los he conocido personalmente, pero, de nuevo, aparece la visión aguda del cronista comprometido con su propio asombro, que nos comparte, y que, en mi caso, me ha transportado también, de manera que me ha permitido mirar con otros ojos a los músicos y bailadores de quienes presenta testimonios y semblanzas.

Como en el caso del libro anterior, en éste, Gregorio nos presenta semblanzas tanto de jóvenes músicos y bailadores como de consagrados personajes de la tradición terracalienteña; por desgracia, algunos de ellos ya desaparecidos, como los violinistas Zacarías Salmerón, Ángel Tavira, Leandro Corona y José Jiménez, así como el guitarrista Cástulo Benítez. Aparecen, también, estampas de promotores de la música regional, como Josafat Nava y el desaparecido Ángel Huipio, y otras de jóvenes y niños que se han desempeñado en los años recientes en la música y el baile tradicionales.

Como el autor lo denuncia a lo largo del volumen, los músicos tradicionales de la Tierra Caliente, como los de todo el país, han sido víctimas de un olvido secular por parte de las autoridades culturales de México, ocupadas más en la obtención de resultados de corto plazo, en un claro desfase con los procesos de larga duración que implica la tradición oral, el aprendizaje y cultivo de los oficios de músico, poeta y bailarín, respecto de los tiempos marcados por las coyunturas políticas, que son las que ocupan sobre todo el interés de las autoridades. Lanza Gregorio — a propósito del fandango homenaje realizado en la ciudad de México en julio de 2009 para don Leandro Corona y don José Jiménez — su reclamo por el olvido de estos y de tantos artistas tradicionales de México:

¿Hasta cuándo las autoridades culturales del país, de los tres niveles de gobierno, se dejarán de especulaciones y eventos festivos;

hasta cuándo destinarán recursos y harán acciones que contribuyan realmente a paliar la vida diaria de estos auténticos salvaguardias de nuestra tradición musical? ¿Hasta cuándo se creará una fundación o un instituto paraestatal centrado en este tipo de bailes de la música tradicional mexicana, de los que aún tenemos varios en nuestro país? (45).

No parece que esta situación pueda cambiar en el corto plazo; en cambio, los que mueren en el olvido y por lo general sin el amparo de programas de seguridad social son los músicos, muchos de los cuales, con dignidad y amor, realizan su trabajo prácticamente hasta el fin de sus vidas. El panorama que Gregorio describe en el libro resulta desolador, pero, en contraste con el olvido gubernamental, resaltan el gusto y la admiración con que el público, dentro y fuera de la región, acoge el arte de los músicos de la Tierra Caliente y, asimismo, el entusiasmo con que las nuevas generaciones asumen su labor, como lo expresa José Uriel Trejo, “un joven bailarín tradicional” de Arteaga: “Bailo porque me gusta el baile, y [...] quiero continuar esta tradición, rescatando los sones más viejos” (71).

Así, del olvido a la esperanza describe Gregorio Martínez Motezuma el estado que guarda la tradición de la música terracalienteña en nuestros días, en un panorama que resulta a un tiempo sombrío y alentador; en su dilatada agonía, la música tradicional mexicana ha visto desaparecer en los años recientes a personajes que la enriquecieron grandemente, y también, como lo muestra Gregorio, han ido surgiendo, en esta región tanto como en la Huasteca, nuevos músicos, poetas y bailarines que con su gusto y talento van renovando tradiciones de las que el autor del libro ha sido testigo privilegiado y de las cuales ha dejado un valioso testimonio en estos dos breves y ricos volúmenes.

RAÚL EDUARDO GONZÁLEZ
Universidad Michoacana
de San Nicolás de Hidalgo